

LA ASUNCION DE MARÍA AL CIELO

Lecturas: Ap 11,19;12,1.3-6.10; S.44; 1Co 15,20-27; Lc 1,39-56

Homilía del P. José Ramón Martínez Galdeano, S.J.

La oración del Magnificat

La fe de Isabel y la alegría por la visita de María tienen como motivo el haberla reconocido como “la madre de su Señor”, es decir **“de Dios”** en el modo de hablar judío del Antiguo Testamento y de Lucas y su maestro Pablo. (Así en la traducción griega de los 70 y en los escritos de Lucas y Pablo, refiriéndose a Jesús, el término “Señor” incluye el reconocimiento de su divinidad. Esto es importante desde el punto de vista teológico).

La respuesta de María, llena a su vez claramente del Espíritu Santo, es el cántico del Magnificat, así llamado con la palabra del comienzo. Con el Magnificat culmina cada día la oración oficial de la Iglesia, que en su nombre y por ella hacen cada día todos los sacerdotes y los religiosos comprometidos por su regla.

“Proclama mi alma la grandeza del Señor. Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador”. Es una expresión de gran alegría, alegría que procede de su cercanía a Dios, de Dios que es su salvador. San Ignacio, gran experto en la identificación de los efectos de la acción del Espíritu de Dios, señala como efecto general la paz y el gozo; incluso en el sentimiento de dolor de los pecados el hijo pródigo se siente acogido, amado, privilegiado, reconocido como hijo y causante de la enorme alegría del Padre, que le reconoce como tal, como hijo bien amado. En nuestras relaciones con Dios, cuando nos ponemos a orar o venimos a participar en la

eucaristía, hagámoslo con alegría: Es nuestro Padre todopoderoso. Es nuestro salvador. Nos ama y quiere darnos su ayuda y su gracia.

“Porque ha mirado la humillación de su esclava”. La palabra indica aquí la condición inerme, pobre, incapaz, de pequeñez en el orden de la salvación sobre todo. Hemos de tenerlo siempre bien presente: “Dios rechaza a los soberbios y a los humildes da su gracia” (Sant 4,6). Sin humildad la oración es como escribir en el agua, perfectamente inútil. Al pecador humilde, como al hijo pródigo, Dios lo acoge; al santo soberbio, como a los fariseos, Dios lo rechaza. María se sintió siempre la esclava del Señor. Orar exigiendo es pecar de soberbia. Dios no escuchará.

Ser humilde ante Dios es fácil y difícil. Es fácil porque todo lo bueno que tenemos y la misma existencia se la debemos a Dios. Además hemos pecado y tenemos defectos morales; cuando otros hablan de ellos, ¡cómo nos molesta! Contemplar a vista de pájaro la presencia del pecado en nuestra vida y la facilidad con que muchas veces pecamos y pensamos y hacemos lo que debemos es abrumador: “el pecado habita en mí” –dice San Pablo, Ro 7,17–. Nada podemos hacer sobrenaturalmente bueno sin la ayuda de la gracia de Dios. Quien cae en la cuenta de estas cosas, se ve sin más necesitado de Dios y de su misericordia.

Pero al mismo tiempo es difícil porque la soberbia y la tentación de “ser como Dios” sin depender de nada ni de nadie es siempre muy fuerte. Fue la tentación del Paraíso y Adán y Eva pecaron. Por eso nos dice Jesús que, “si no nos hacemos como niños, no entraremos en el Reino de los cielos” (Mt 18,3). San Pablo resume la obra redentora de

Jesucristo en: “se humilló haciéndose obediente hasta la muerte de cruz y por eso el Padre lo exaltó” (Flp 2,8s).

“*Ha mirado la pequeñez*”, la nada que tiene su esclava por sólo su propio mérito; porque todo lo bueno que tiene María es porque ha aceptado los dones gratuitos de Dios. Ésta es la actitud que en la oración debemos tener.

“*Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí*”. Todas las maravillas que se han realizado en María, su concepción inmaculada, las gracias sucesivas con que ha sido enriquecida, con las que Dios la ha capacitado para ser madre de Dios y madre de la Iglesia, corredentora con su Hijo de la salvación de todos los hombres, todo ello lo ha hecho Dios en María. María reconoce que son gracias maravillosas, pero no se atribuye a sí misma el mérito de ninguna. El Poderoso las ha hecho en ella. “*Su nombre es santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación*”. Esto la llena de inmensa alegría. A lo largo de los siglos esa misericordia de Dios alcanza a todos y continúa haciendo maravillas en los que la aceptan.

“*Él hace proezas con su brazo*”. El brazo de Dios es su poder. Las proezas son obras maravillosas. ¿Cuáles? “*Dispersa a los soberbios de corazón; derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos*”. Es una constante en toda la historia. Dios escucha, da sus dones a los que son humildes, a los que reconocen no tener derechos frente a Dios, a los que se saben pecadores, a los que son conscientes de faltarles las virtudes necesarias, mientras que a los satisfechos de su virtud y poder no les da nada.

“Auxilia a Israel, su siervo”. Israel es esa su Iglesia pobre, esa asamblea de creyentes para quienes haber conocido a Dios es un don maravilloso, que no merecían y que es un don precioso, por el que deben estar agradecidos.

“Acordándose de su misericordia”. Siempre y en toda la historia, ayer y hoy, Dios nuestro Señor tiene a gala actuar ***“con misericordia”***. No son nuestros méritos, no es la satisfacción de nuestros derechos, no los premios debidos a nuestras virtudes, es su misericordia la norma de su conducta, la que se conmueve ante el hijo pródigo que vuelve, ante el humilde que reconoce su condición pecadora –“pecador me concibió mi madre” (S. 51,7).

“Como lo había prometido a nuestros padres, a favor de Abrahán y su descendencia para siempre”. Así ha sido y así seguirá siendo. No lo olvidemos nunca. Todo lo bueno que tenemos y podemos tener, no es sino un don de Dios. La tela en la que está pintado un cuadro no se enorgullece de sí misma; él mérito es todo del autor. Esta actitud es fundamental para que podamos ser escuchados y progresar en la fe y en cualquier virtud. Sin ella, no seremos escuchados al orar. Al contrario será si somos humildes.

Pero también esa humildad es una gracia y así la debemos pedir. Hagámoslo hoy por intercesión de María, Reina de los cielos y reina de la gracia a la derecha de su Hijo.

Más información:

<<http://formaciónpastoralparalaicos.blogspot.com>>